

Precio 15 céntimos



ARTISTA DE ZARZUELA



Elisa Garrigós.

LA SAETA

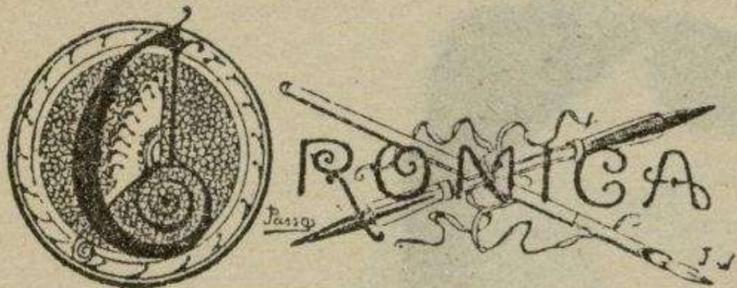
Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

DIRECTOR LITERARIO
DANIEL ORTIZ

España y Portugal, trimestre. . . 2 ptas
Cuba y Puerto-Rico, semestre.. 5 »
Extranjero, semestre.. . . . 6 »

ADVERTENCIA

Cumpliendo con los deseos que nos han manifestado muchos de nuestros favorecedores, desde el próximo número inauguraremos una galería artística que estamos seguros será del gusto de cuantos nos leen. Por nuestra parte no hemos economizado nada para que resulte brillante, lo mismo al escoger los cuadros que al proceder al tiraje de las láminas.



RL pleito ganado por el Sr. Ayerbe abre un vastísimo campo á sucesivas reclamaciones.

Parece ser que varios moriscos expulsados por los Austrias, piensan reclamar de algunos magnates de Andalucía, como el duque de Medinaceli, el de Fernan Núñez, etc., etc., los terrenos que les fueron confiscados.

A su vez, los godos reclamarán á los moros desde la cueva de Covadonga para abajo.

Por los mismos procedimientos los romanos pedirán á los descendientes de Ataulfo lo que les quitaron cuando la invasión.

¿Pero Vds. se habian figurado que pararia aquí la cosa? No, señor.

Los cartagineses pedirán indemnización á los romanos, y los fenicios á aquellos.

Tubal será el único que saldrá libre de esta cadena de reclamaciones por ser el primero que visitó y pobló la España.

Y aun no estamos seguros de que á Tubal le reclamen daños y perjuicios las fieras bravas que primitivamente poblaron la Iberia.

¡Vaya, vaya con el Sr. Marqués de Ayerbe! ¡Y qué de lejos lo fué á tomar!

Nuestro Ayuntamiento puede quitarse ese moscardón de encima poniendo en el documento que presente el reclamante: «Páguese... si hay dinero».

La cuestión es que no haya dinero nunca.

Porque tras del Sr. marqués va á venir la invasión de los hunos... y de los otros.

¡Basta de brevas, señores!

* *

No recuerdo si les he hablado á Vds. de un italiano, preso en Orense, en el acto de sacar dinero del cepillo de las ánimas con una ballena.

Eso de emplear un cetáceo para sacar los cuartos á las ánimas benditas me chocó, por aquello de que hoy se lo sacan con una ballena,

otro con un tiburón, y el otro con un congrio.

El extranjero fué preso; aunque no se dijo una palabra del enorme pez de que se valia para sus manipulaciones.

Este italiano, Domingo Tenolio, (por poco se llama Tenorio y es pariente de D. Juan) fué trasladado al hospital por que padecía ataques epilépticos.

Una vez en el hospital, se ha fugado con la tranquilidad del justo; que es lo que sucede siempre en España.

Tenolio es muy capaz de volver á aparecer en cualquier iglesia del reino, arrimado á un cepillo, y ejerciendo sus mañas... con ballena ó sin ella, porque el que malas mañas ha, ó tarde ó nunca las pierde.

Yo ya estoy ojo avisor á la puerta de las Iglesias. Asi que vea entrar á alguien con un gran pez debajo del brazo, le paro y le digo:

—¡Alto! ¡Tú eres Tenolio y traes la ballena!

Y enseguida llamo á un guardia municipal.

Bueno es que nos timen los extranjeros, pero no valiéndose del rey de los mares.

* *

¡Oh, el arte! ¡Oh, la gloria!

Lucila Simoes, la inspirada, hermosa y elegante artista portuguesa ha ingresado en un manicomio en Rio Janeiro.

El pintor Jimenez tambien se ha vuelto loco.

El antiguo y brillante actor D. Pedro Delgado ha solicitado del Ayuntamiento de Sevilla recursos para poder pasar á Madrid, con el objeto de poder dedicarse á algún trabajo que le permita atender á su subsistencia.

Ahora díganme Vdes. si la humanidad, que vuelve locos ó reduce á la miseria á los grandes artistas encargados de distraerla, vale la pena de que se tomen tantas molestias por ella.

Continuamente nos saltan aquí ó allá casos de génios que se mueren de hambre, se suicidan ó se vuelven locos.

¡Cuánto más les valiera meterse á comerciantes, bolsistas ó contratistas del Estado!

La humanidad es ingrata con el artista que no nace económico, como si el arte y la economía fuesen compatibles.

¡Tal vez la obra más genial que admiramos en las tablas, ó en el libro, ó en el lienzo se deba á las necesidades perentorias del autor!

¡Pobre Lucila Simoes! ¡Pobre Jimenez! Y más que todos ¡pobre D. Pedro Delgado! (1)

* *

Como corolario de lo que decimos más arriba, leemos en un periódico de Madrid que hay varios jóvenes aprovechados que disfrutan tres y cuatro sueldos por diversos conceptos.

Un joven imberbe ha quitado de su puesto á un antiguo y probo empleado, ha adquirido además una secretaría retribuida, y también ha

(1) Posteriormente hemos leído que este desgraciado actor habia sido mordido por un perro hidrófobo en Cádiz, donde se habia trasladado.

obtenido un destino lucrativo en la Tabacalera.

«Otro jóven escribió un periódico con retratos, hace dos años, puso en él todas las *bitolas* de los actuales ministros, y en premio le han dado un gran destino.

Otro cobra tres ó cuatro sueldos que importan cinco mil duros anuales y coche. Además tiene encargo de suministrar ganados, que al llegar á la frontera se le mueren todos, y él los cobra como si estuvieren vivitos y coleando.

¡Esto si que es ser *artista*!

¿Cuándo llegarán D. José Zorrilla y D. Pedro Delgado á ganar tanto?

En España es un escándalo dedicarse á la pintura, á la literatura y al teatro.

De dedicarse, hay que hacer lo que Pina Dominguez: merodear en mies ajena y dar como original lo *afanado*.

Así se puede echar coche.

Vale más meterse á empleado que escribir para el público.

Y sobre todo, empleado de esos que pierden los ganados en la frontera.

*
*
*

Cuatro botijos de agua salen diariamente de Madrid con destino á la corte, que se halla en S. Sebastián.

Solo un día salieron cinco.

El día que fué á la ciudad guipuzcoana el señor duque de Tetuan.

ELIDAN.

LA LUNA.

Esto, Fabio, ¡oh dolor! que ves ahora
Blanca, limpia, mondada calavera,
Un tiempo fué poblada, seductora,
Romántica, sombría cabellera.
«Agravió fiero de la edad traidora»
César llamó á su calva (¡y César era!...)
No haré yo tal; pues desde edad muy verde
Vivo, como quien dice, al gana-pierde.

No la muerte, la vida me acobarda,
Y, en mi viaje desde niño á viejo,
Suspiro por la orilla que me aguarda,
No por la orilla que á mi espalda dejo;
Y el viento debil y la nave tarda
Halla siempre el afán con que me alejo;
Pues sé, ¡triste verdad! que de la vida
Sólo es hermosa la porción perdida.

Nadie trocara su dolor pasado
Ni por memorias del placer siquiera:
Nadie tampoco en desandar lo andado
Y repetir su vida consintiera:
Si alguno renacer ha deseado
Ha sido por vivir de otra manera...
La vida es mosto insípido y dañoso
Que al fin se trueca en bálsamo gustoso.

Tampoco diera yo mi calva fría
Por los antiguos rizos de mi frente...
¿Para qué? Cuando á manos los tenía,
Apenas los miraba indiferente,
Y hoy por ellos, amor, pena, ufanía
El corazón enagenado siente...
—Tal es la dicha: sombra transitoria
Que agranda con su prisma la memoria.

Pero, volviendo á la empezada historia,
Dado me sea, ya que no un responso,
Cantar un himno á la pasada gloria.
De mis cabellos de mancebo intonso
¡Oh Fabio! Si tal vez haces memoria
De haber visto la efigie de un *Alfonso*
Podrás imaginarte sin gran pena,
Mi larga, undosa, lúgubre melena.

¡Coincidencia fatal! Escrito estaba!
Treinta años Espronceda ya tenía
Cuando, imitando á Byron, se quejaba
De que insensiblemente encanecía.
Y, ¡ay de mí! yo los veinte aún no contaba
Cuando el ingrato bién del alma mía,
Con su mano de nácar transparente
Las canas apartaba de mi frente.

Ó con sus dedos albos como armiño,
Me las iba arrancando una por una,
Cual nos arranca el maternal cariño
Una tras otra pena inoportuna;
¡Blancas pavesas de la sien de un niño,
Cabellos agostados en la cuna!...
¿Qué fué de esa mujer? Otra pavesa!
Murió... y entonces me pelé á la inglesa.

Escalar quise el cielo en mi locura
Y de mi frente se nevó la cumbre!...
—Tal se alza el Heckla (antigua es la figura)
Coronado á la par de hielo y lumbre.—
¡Oh! mal haya la vil literatura
Que contrajo la bárbara costumbre
De extirpar en el alma de los niños
Temores y respetos y cariños!

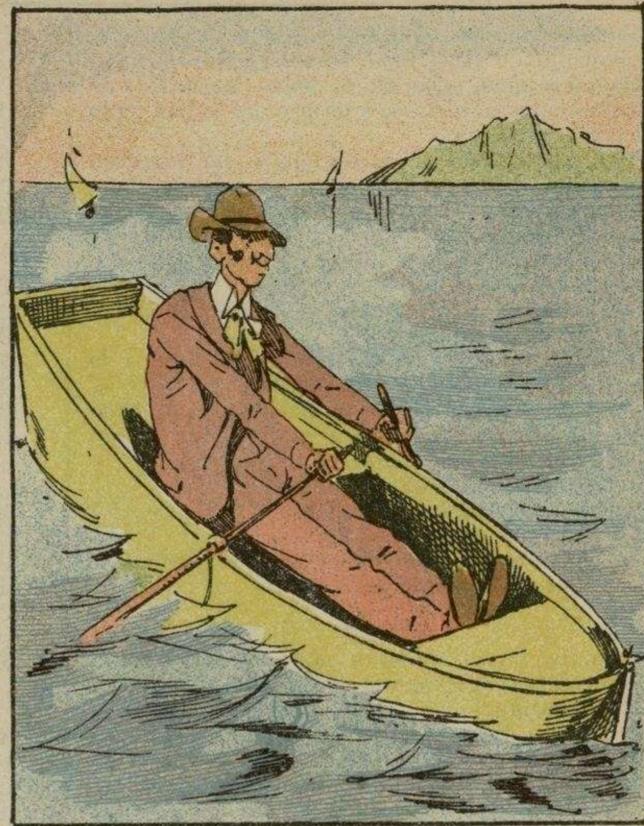
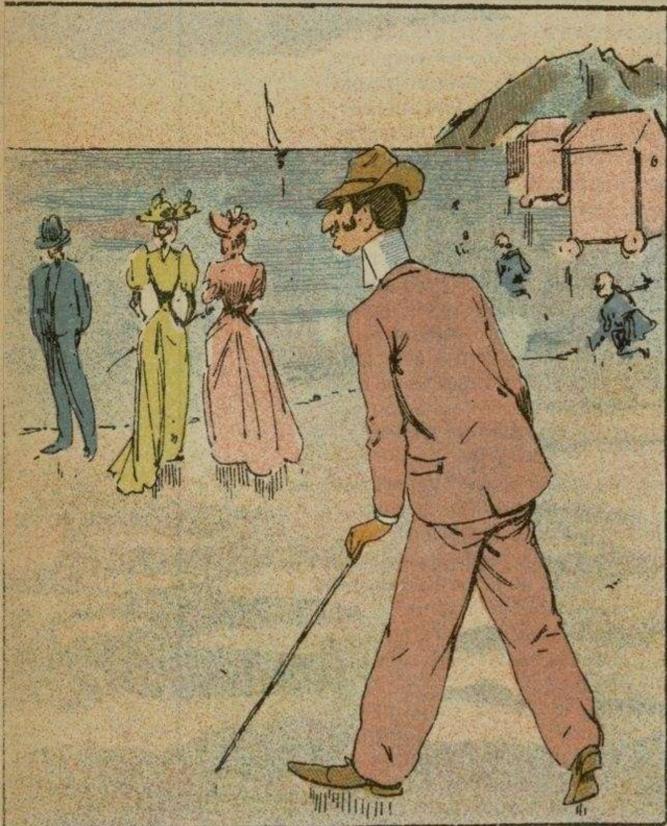
Decía que murió la hermosa ingrata
Que cuidaba mis lánguidos cabellos...
—Hoy no los tengo negros ni de plata...
Mis ilusiones simbolizan ellos.—
No es la tijera ya la que los mata,
Ni frustra ya el dolor mis sueños bellos...
Lo que hoy sucede en la cabeza mía
Es que ni sueños ni cabellos cría.

¡Mejor! Así con tiempo me habitúo
A mi futura, irremediable suerte
(Que igual á la de todos conceptúo);
Y cuando echados de la tumba inerte,
Rueden mis blancos huesos, y algun buho
Sobre ellos cante el himno de la muerte,
No será nuevo hallar mi calavera
Hueca por dentro y calva por afuera.

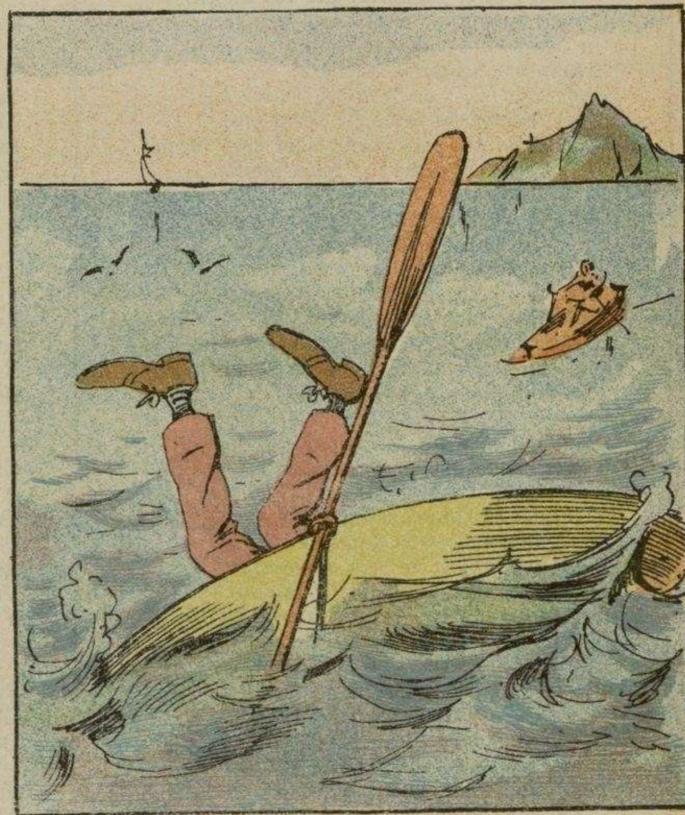
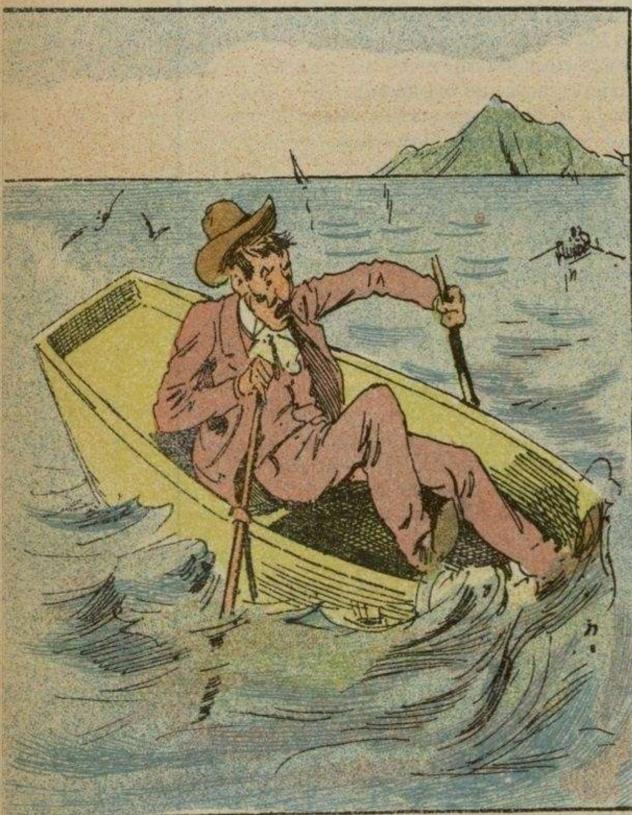
Y si, al fin, de un doctor en medicina
Enriquece el lujoso escaparate,
O á solas en su cueva la examina
Un monje del breñoso Monserrate,
Podrán más bien tras su aridez calina
Reconocer mi busto en yeso mate;
Ver que es mi cráneo que perdiera el seso,
Y darle el monje ó el doctor un beso.

¡Beso piadoso que en el alma mía,
Fuese cualquier entonces su morada,
El amargo recuerdo endulzaría
De la existencia terrenal pasada!
—Y aún más vivo su júbilo sería
Si del doctor, un día, la criada,
Al despolvar mi cráneo, lo volcase...
Y, por cogerlo, al seno lo estrechase...

DE LOS ESCARMENTADOS SALEN LOS AVISADOS

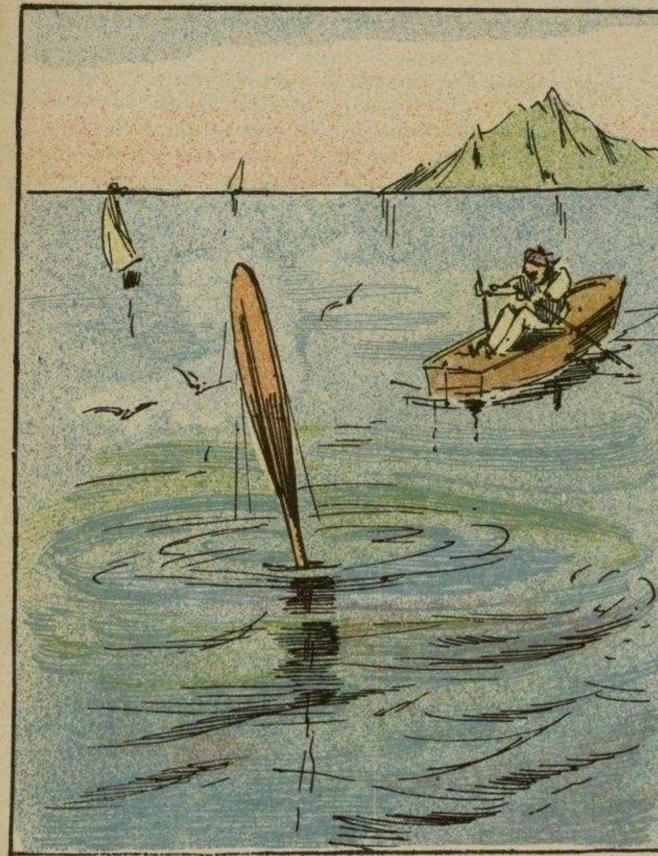


Y dicho y hecho; se hace cargo de los remos y allá va la nave ¿quien sabe do va?

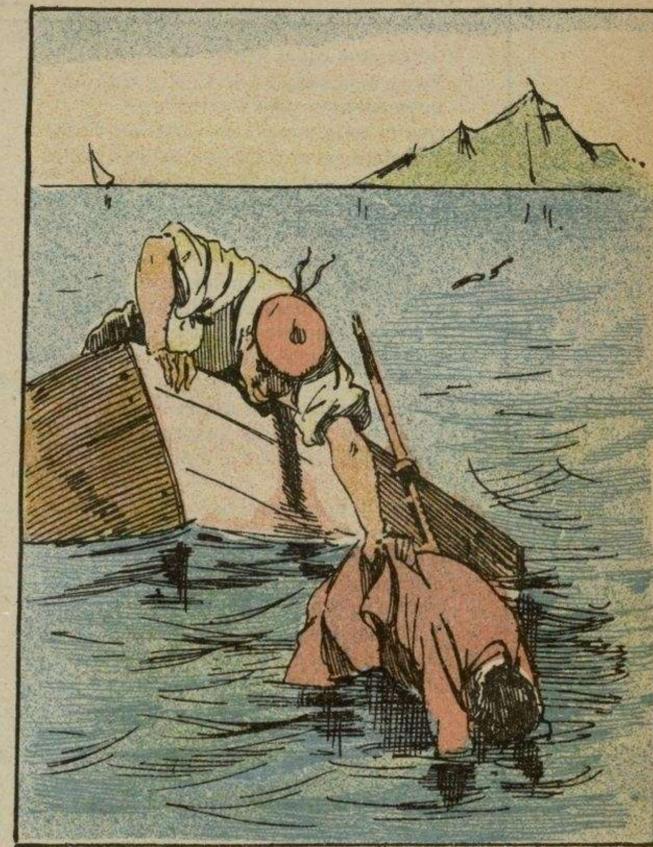


Y Perico Percebe dió una voltereta.

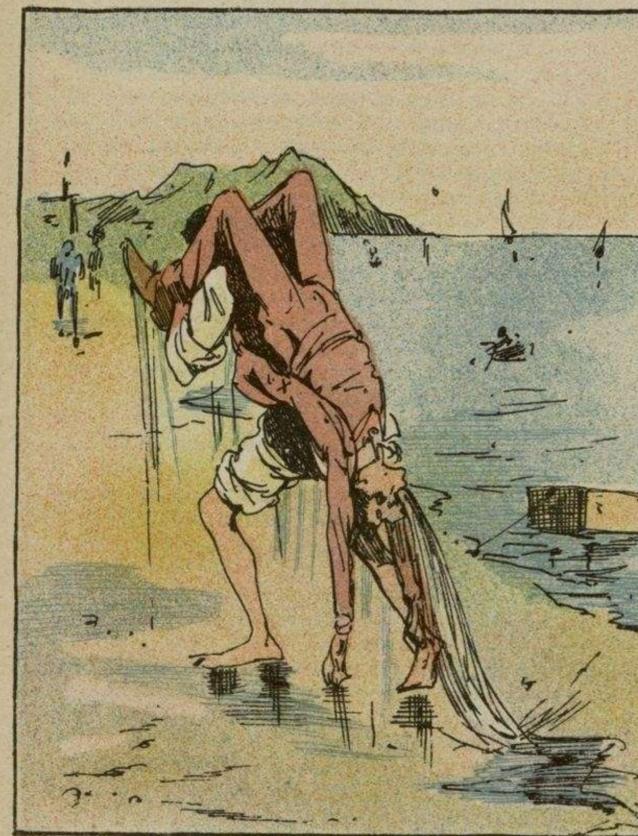
Pero sea por inesperienza ó porque al mar se le habían hinchado las narices, lo cierto es que la cosa se puso dificultosa.



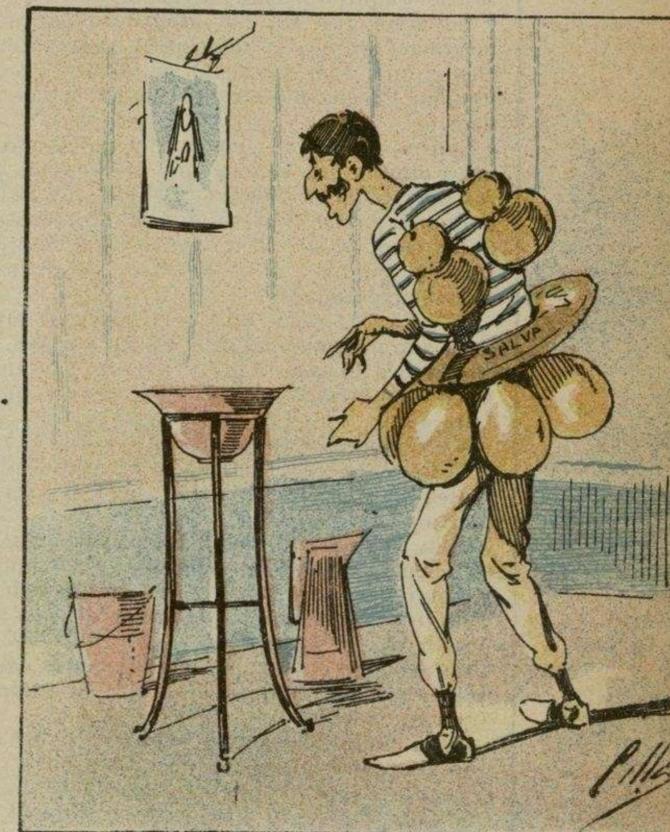
Y se sumergió en el líquido elemento.



Y un salvador de oficio á fuerza de fuerzas llegó á sacarle á flote.



Después lo trasladó á su domicilio regando las calles y paseos públicos con el infeliz Percebe.



Cual Percebe desde aquel tremendo día, no se moja la punta de la nariz sin tomar toda clase de precauciones.

Jóvenes cuyos rizos ondulantes
Necia moda rapó á lo Carlos Quinto;
Impenitentes viejos petulantes
Que el pelo blanco convertís en tinto;
Miradme calvo á mí que imagen antes
Fuera del melenudo Chindasvinto,
Y suplicad desde mañana al cielo
Que principie á mataros por el pelo.

¡Ah! que es muy noble usar en esta vida
El último peinado... el de esqueleto,
Y una parte mortal llevar perdida
Y otra inmortal ganada en tal conceto.
Pues si el alma, del cuerpo desprendida,
Es más bella y más digna de respeto,
Perdiendo parte del humano todo,
He perdido la parte por el todo.

Por lo demás, no temas, Fabio mío,
Que yo me porte con mi pelo muerto
Como el viudo que celebra impío
Segundas nupcias en su lecho yerto.
No, no lo temas. Apesar del frío
Y de las moscas, aunque el gran desierto
De mi calva se extienda hasta la nuca...
¡Jamás—lo juro—me pondré peluca!

PEDRO ANTONIO ALARCON.

CROQUIS MADRILEÑOS

LA PARROQUIANA

Hay pensadores profundos que atribuyen la mayor parte de las desgracias de que son víctimas las madrileñas, á la costumbre, tan generalizada aquí, de asistir á los cafés.

Suponen que aquella atmósfera, cargada de miasmas, influye en menoscabo de las inteligencias, y que, aparte de esto, en el café se pierden muchas horas que deberian ser aplicadas al trabajo.

Quizás no vayan descaminados los moralistas. Conozco una señora que invierte los mejores días de su existencia en el café de la Luna, á donde puede decirse que ha trasladado su habitación, y es allí tan conocida, como puede serlo el pianista, ó el *echador*, ó el encargado del establecimiento.

—Verá V.—dice ella.—Yo vengo temprano para que no me cojan esta mesa, porque tengo costumbre de pasar aquí las noches, y cuando no puedo sentarme en este sitio, parece que me falta algo.

—¿Y hace mucho tiempo que viene V.?

—Va á hacer cinco años en este Febrero. Antes iba al café del Vapor, pero allí va tanta gentuza...

Ella, según dicen, disfruta una modesta pensión, en su calidad de viuda de un comandante, y como, gracias á Dios, no le han quedado hijos y no tiene quien le pida cuentas de sus acciones, hace de su capa un sayo y no pasa en su casa más que el tiempo preciso para vestirse, darse colorete, teñirse las cejas y mudarle el agua al canario.

A su misma mesa suele concurrir otra viuda que vive con un sobrino joven, empleado en penales; un teniente de reemplazo que nunca toma nada, y á quien llaman los mozos el «mostrenco»; uno que dice que es agente de bolsa, bastante cojo, y dos jóvenes que se están prepa-

rando hace cerca de siete años para ingresar en Aduanas. Pero nadie tan consecuente como la viuda, de quien dicen los mozos que lleva la cuenta de los cafés que se despachan y conoce por su nombre y apellido á todos los parroquianos. Los mozos la tratan como si fuese cosa suya, y no tienen inconveniente en confiarle sus penas, siempre que algun concurrente se va sin pagar ó les ha dado una moneda falsa.

Ella, á su vez, departe armoniosamente con todos y no tiene reparo en comunicarles sus más recónditos secretos.

—Siempre he sido enemiga de la aguja—les dice—porque yo he debido nacer hombre. Mi difunto se murió sin poder sujetarme.

—¿Y cuánto tiempo ha venido V. á estar casada?

—Diez años, durante los cuales no tuvo mi esposo ni un mal dolor de cabeza, hasta que una noche en Zaragoza, estábamos tomando café en el Suizo y le dió así como un ahogo. Desde entonces ya no volvió á levantar la cabeza.

—¿De manera que V. siempre ha sido aficionada á los *cafeses*?

—Desde los siete años, mis papás eran tambien locos por esta clase de establecimientos, y fueron poco á poco acostumbrándome. Hoy no puedo pasar sin venir, y ha habido noches en que me estaba cayendo de dolor de cabeza pero tengo tal horror á las casas!...

Efectivamente; el peor castigo que podrian imponerle á doña Genoveva, sería el de condenarla á permanecer en su domicilio durante diez horas. Cuando no está en el café, se la encuentra parada delante de los escaparates ó paseando en el Prado ó promoviendo cuestiones acaloradisimas con su portera por si el perro ha olvidado las buenas formas en el portal. Porque se nos olvidaba decir que doña Genoveva posea un perro de lanas, al cual consagra todo su afecto. Le llama *Siro*, y tiene, según ella, tanta inteligencia como una persona mayor, sólo que algunas veces se olvida de los deberes que impone la sociedad y comete algunas ligeras faltas... donde mejor le parece.

Al café asiste con su ama todas las noches y tiene la buena costumbre de ir recorriendo las mesas en busca de terroncitos de azúcar. Esto da lugar á conversaciones animadas entre doña Genoveva y los parroquianos que obsequian á *Siro*.

—Gracias— dice ella cuando ve que le regalan terrones.

—No las merece.

—Se conoce que tiene V. niños.

—Sí, señora; cuatro.

—Yo á este le quiero como á un hijo, porque es mi único compañero en este mundo.

—¿Es V. viuda?

—Sí, señor. ¡Ay!

—¿Y viene V. todas las noches?

—Toditas.

—¿Vivirá V. cerca?

—Me he venido á vivir al callejón de Tudescos para estar más próxima.

—La he visto á V. algunas noches con otra señora vestida de negro.

—Con la de Lucientes. ¿Una picada de vi-ruelas?

—No he reparado...

—Pues, sí; tiene la cara perdida. Si, si, viene muchas noches con el sobrino... es decir, ella

dice que es sobrino, pero ¡quía! Su marido, estuvo empleado en Hacienda y le formaron una causa... A mí no me gusta meterme en la vida de nadie, pero ¿cree V. que con cuatro mil reales de pensión se pueda pagar un cuarto de doce duros? Vamos, sea V. franco; pues ella los paga. ¿Qué quiere decir esto? Que su marido, cuando fué encausado, no sería por nada bueno. ¿No le parece á V.?

—¿Y V. no tiene familia?

—Sí; tengo una cuñada, pero es una tonta... No la verá V. nunca por aquí porque dice que la mujer debe estarse en su casa cosiendo y planchando... Una necia.

—Ya se ve que lo es.

—¡Mire V. qué daño hago yo á nadie con venirme aquí todas las noches!...

—Ninguno.

D.^a Genoveva forma parte integrante del café; si ella faltara, parecería que faltaba la luz ó las mesas ó los divanes. En fin, que no se comprende el café de la Luna sin D.^a Genoveva.

Algunas personas llegan á creer que ha nacido allí como nace la ruda y que para llevarla á otro sitio, habría necesidad de trasplantarla.

Conoce á todos los mozos por su nombre de pila y les pregunta lo que nadie se atrevería á preguntarles.

—Diga V., Juan, ¿qué le ha pedido á V. aquella señora de la esquina?

—Me ha pedido un sorbete.

—¡Jesús! ¡Qué cursil! Se conoce que no habrá tomado muchos en este mundo. Repare usted, cuando se lo vaya V. á llevar, si aquél que está con ella le habla de tú. Debe ser su amante; aunque, no; parece marido porque no le hace ningún caso. No, pues aquel color de pelo no es natural... Juan, fijese V. en si es natural aquel pelo.

No haya cuidado de que á D.^a Genoveva se le oculte el menor detalle. Diríase que quiere formar una estadística de las personas que toman café y cerveza y bebidas espirituosas. Algunas veces llega hasta decir al mozo:

—¿Cuánto gasto ha hecho aquel caballero que está debajo del reloj?

—Seis reales.

—No puede ser. Le ha servido V. tres copas de cognac....

—No han sido más que dos.

—Tres, las he contado yo.

En cierta ocasión D.^a Genoveva quiso aprender el punto tunecino para *confeccionar* por sí misma una manta con destino al perro y entonces llevaba al café las agujas y el ovillo, y estaba trabajando toda la noche sin dejar por eso de pasar revista á todos los que iban entrando.

—¿Esa señora es de la casa?— preguntaban á los mozos.

—No, señor, pero como si lo fuera. Aquí se pasa lo mejor de su vida.

El pianista la odia, porque dice, y no le falta razón, que una mujer así alejada de su hogar, tiene que ser una grandísima holgazana, sin hábitos de economía ni de arreglo.

Pero ella se ríe del pianista y dice que poco ha de poder ó lo ha de echar del establecimiento. Quiere que el que venga toque cosas nuevas, pues ya le aburren las del músico actual y á cada paso dice al dueño del café:

—Créame V. á mí, D. Eleuterio; mientras no cambie V. de manos, no será nada el piano.

Ese hombre se está atrayendo las antipatías de la parroquia.

Si alguno de Vds. quiere conocer á D.^a Genoveva ya lo sabe donde ha de encontrarla. Entrando, la primera mesa de la derecha, debajo de un espejo; desde las seis á las dos, todas las noches; pero; por si acaso, bueno será que no la saluden Vds., porque suele empezar hablando del perro, de su matrimonio y los dolores que se adquieren á la intemperie, para concluir pidiendo cinco duros so pretexto de que no ha podido cobrar una letra.

LUIS TABOADA.

LA OPINIÓN PÚBLICA.

Por hacer injusta guerra
A una paloma inocente,
Desplomóse una serpiente
De las cumbres de la sierra.
Dió una vuelta y luego mil,
Y, por la ladera, en breve
Rodó una bola de nieve
Cuyo núcleo era el reptil.
Tanto el alud aumentaba,
Con tal estruendo caía,
Que en el valle se creía
Que el monte se desplomaba.
Al ver la masa glacial
Decía el vulgo admirado:
—«¿Qué gigante habrá lanzado
Proyectil tal colosal?
¿Qué sér todopoderoso
Le impulsó con tanto brío?»
Pero al fin llegó el estío;
Fueron á ver al coloso
Que, espantando al más sereno,
Descendió por la vertiente,
Y hallaron.... á la serpiente
Revolcándose en el cieno!

No me importa ni me estraña
Que haciendo lo ínfimo enorme,
La opinión pública forme
El alud de la patraña.
A impulsos del sér más vil
La indiferencia se mueve;
Pero se funde la nieve...
Y solo queda el reptil!

LEOPOLDO CANO Y MASAS

UNA PATRONA SENSIBLE

Vamos á describir las tribulaciones de doña Celedonia, mujer de grandes condiciones culinarias, reducida al patronazgo de huéspedes por desdichas de la fatalidad.

D.^a Celedonia había sido en otro tiempo cocinera benemérita de un inglés muy rico, y con la sisa se había hecho unos cuantos miles de reales.

Oliólo un cabo de carabineros que andaba á caza de gangas, y se casó con Celedonia, después de tres años de relaciones.

La suerte les sopló, y al poco tiempo Gomez (Lucas), que así se llamaba el carabinero, ascendió á sargento.

Pero esto era muy poco para un militar que



—¡Ay, déjame, por Dios, que mi marido
no cesa de mirar desde la playa
y si nos ve abrazados, di, mi Enrique,
¿qué disculpa le doy?
—Di que te ahogabas.

—Todo el mundo se va & veraneat, menos yo que no
tengo dinero... Nada, habrá que desfalcar aquellos fon-
dos de la oficina.

El tren de los irregularizadores verniegos.

—¿Qué se lleva, esposo tierno,
hoy de moda?

—Pues, mujer,
creo que se lleva... ¡un cuerno!
—¿Uno no más? ¡Ah; Javier!

González

entendía su obligación. Como tenía buena letra y mala cara, ascendió enseguida á alférez y luego á teniente.

D.^a Celedonia se encontró *teniente* sin comerlo ni beberlo.

Pero ¡ay! como Gomez era muy bárbaro, aquí se estancó su carrera. Veinte años llevó en este destino, y á lo último murió de un berrinche en el campo de Gibraltar.

Quedóse D.^a Celedonia viuda á los cuarenta y dos años, con siete ú ocho mil reales de ahorros. Como él, el Gomez, se había casado de cabo, su señora no tuvo viudedad.

¿Qué hacer? Una mujer viuda, de edad madura, con algún bigote y con cuatrocientos duros, no tenía más remedio que poner una casa de huéspedes.

Y así lo hizo.

Pero entonces se dió como viuda de un coronel, ascendiendo en muerte al pobre difunto ya que en vida no lo pudo conseguir.

Se instaló lo mejor que pudo y comenzó á bregar con los huéspedes.

Los trataba á la baqueta, pero como era buena cocinera, todos soportaban su genio.

Tenía D.^a Celedonia la manía de hablar siempre de su difunto el coronel, tanto que concluyeron los huéspedes por llamarla la coronela.

Así pasó nuestra pobre mujer dos años luchando con gentes que no pagaban, con estudiantes levantiscos y con militares bizarros y atrevidos.

Ella nunca demostró ninguna debilidad por sus pupilos.

Estaba á caballo sobre el honor y las buenas tradiciones de las coronelas patronas.

Un día se presentó en su casa un dependiente de comercio tímido y encogido; se llamaba Narciso y contaba veinte años apenas.

Ajustóse con D.^a Celedonia por cuatro pesetas diarias, como los demás huéspedes.

Era el chico á que nos referimos prudente, callado y bonito.

La patrona, que no había amado nunca más que á Gomez, sintió desarrollarse en su pecho una tardía pasión por Narciso.

—¡Un marido así me convendría!—decía la pobre olvidándose de sus cuarenta y tantos años.

Y desde entonces cambió de carácter. Todas las finezas eran para Narciso. Perdices con coles, langostines al *gratin*, setas al horno, merluza en salsa verde, escabeche de salmón, pollos asados... de todo servía á los huéspedes para obtener una mirada, un gesto de aprobación del idolo de su vida.

Pero luego vió que esto le salía caro y propuso á Narciso que comiera aparte. El niño zangolotino se dejó querer y comió desde aquel día solo.

¡Y cómo se esmeraba con él D.^a Celedonia! Ella le cambiaba los platos, le escanciaba el vino, y parecía una miserable esclava en vez de una arrogante patrona.

Los amores de ella eran platónicos. El no se apercebía de nada, embebido sin duda en otros pensamientos.

Así pasaron unos cuantos meses, ella cada día más *chiflada*, sin resolverse á pedir la *blanca mano* de Narciso, y él haciendo el tonto.

Por fin él un día la dijo con mucho misterio:

—D.^a Celedonia, tenemos que hablar.

—Cuando V. quiera, Narciso.

—Esta noche, después de comer.

¡Que día pasó nuestra patrona!

—¡Hoy se declara, de fijo!—murmuraba entusiasmada.

Llegada la noche, y después de bien comido y bien bebido, dijo el dependiente de comercio á la vieja:

—Tenía que hablar con V. Es preciso que le confiese una cosa: estoy locamente enamorado.

—¿De veras?—preguntó ruborizándose aquel castigo de la naturaleza.

—Si, ilustre patrona, V. me quiere; lo he conocido.

—¡Ay!

—Y por lo tanto, vengo á pedirla un consejo. Mi principal me ha propuesto que me case con su hija á quien adoro con el alma. ¿Qué le parece á V. que haga?

La patrona se puso lívida.

Después, algo repuesta, contestó:

—Pues na... na... nada, ca... ca... casarse.

—Eso esperaba de V.: un buen consejo. Antes de un mes la llevo al altar.

¿Quién pintaría la desesperación de Celedonia? Cuando se quedó sola lloró, se mesó los cabellos y daba unos alaridos que partía los corazones.

Se había aferrado á sus tardios y platónicos amores como se agarra el naufrago á un clavo ardiendo ó un depositario á cualquiera clase de fondos.

Llegó la época del matrimonio de Narciso y su patrona no descansaba; tenía espinas en el corazón.

El día antes de la boda se encaró con él.

—D. Narciso—le dijo—¿me quiere V. tomar como cocinera?

—¿Cómo?

—Si, abandono los huéspedes y me voy á servirle á V.

—¡Pero D.^a Celedonia!...

—¡No me llame V. doña! ¡Llámeme V. Celedonia á secas!

—¿Pero que manía es esa?

—Un capricho. Me admite V. ¿si ó no?

—Desde luego, porque tiene V. unas manos de oro para la cocina.

Con esto se contentó la patrona.

Escusamos decir que Narciso se casó y tuvo á D.^a Celedonia de criada, sin que en su vida se le hubiese podido ocurrir que aquella estantigua estuviese enamorada de él.

¡Amores platónicos que bien merecían un poema, y que yo relato prosaicamente en este articulejo!

Pero algún Velarde, algún Grilo ó algún Ferrari tal vez lleguen á cantar en tristes endechas la amorosa, la volcánica pasión de esta patrona sensible.

Mientras llega ese caso, Narciso y su señora se chupan los dedos de gusto con los platos que les presenta la ex-carabinera.

DANIEL ORTIZ.

LA CARIDAD

Érase un hombre, y su nombre
Cual veis en silencio paso,
Pues lo importante del caso
No es el nombre sino el hombre.
Cuentan de él que era inhumano;

Tanto, que con cara impía
Viendo á un pobre le decía:
—Perdone por Dios, hermano.—
Y era rico, en brillo al sol
Sus joyas dábanle guerra,
No recuerdo bien su tierra;
Pero en fin, no era español.

Tenía criados, coche
Y cuanto á su afán cumplía;
Miento, sólo no podía
Pegar los ojos de noche.

Todo el proto-medicato
En vano le visitaba,
Y el pobre señor gritaba:
—Si no me curan, me mato.—

Con este clamor eterno
Dejando la blanda alfombra,
Renegando de su sombra
Salió á la calle, era invierno.

Con su alma forrada en cobre
Marchaba sin dirección,
Cuando en cierto callejón
Le salió al encuentro un pobre.

—Señor, dijo, á usted acudo;
Una limosna por Dios;
Es invierno y somos dos
A dormir sobre un felpudo.—

Yo no sé qué oculta llama
Le hirió entonces con su brillo,
Que alargándole un bolsillo
Contestó:—Para una cama.—

Volvió á su casa risueño,
La cabeza recostó
Sobre la almohada, y pasó
Toda la noche de un sueño.

Y oyó al despuntar la aurora
Que una voz libre de enojos
Dijo:—Dios cierra los ojos
Del que consuela al que llora.

ENRIQUE GASPAR.

LA TAUROMAQUIA DEL AMOR

REVISTA, Á ESTILO DE LAS DE TOROS

Pisa la arena el primer bicho, *Barbarita*. Rubia, tirando á rojo, *bien armada*, boqui-grande y algo caída del derecho (esto es, coja.) Llevaba por divisa una mamá tan *respetable*, que en cuanto la *divisé*, me puse á conveniente distancia de sus uñas. Tomaron la *Barbarita* y su divisa, *con muy buena voluntad*, 15 chocolates, 22 cafés (la mayor parte con tostada) y una docena de entradas para teatro, todo ello, por supuesto, á mis espensas. A la mamá quise un día plantarle un par de banderillas, y á poco me traga. La brega fué pesada. *Barbarita* era muy recelosa y bastante *huida*, de modo que nunca la encontraba con *buenas disposiciones*. Intenté un *descabello* y tuve que escapar y dejar la *plaza*, pues se me abalanzaron la fiera de la madre y la hija... ¡brr...!! que por poco sufro una *cojida*.

Murieron... siete duros, que me había mandado mi familia, para comprar libros.

Y sale á la plaza, la segunda fiera. *Leona* (que lo era de nombre y hechos) Buenas carnes, nari-chata y muy *echó pa atrás*. Con muy malas intenciones (para mi bolsillo) tomó en cuatro días que duró nuestro conocimiento, 4 sorbetes,

6 libras de buñuelos, dos pares de medias de seda que la compré, unas botinas; me tomó el pelo, y cuando ya no podía tomar nada más, por que me había dejado como el gallo de Morón, tomó la determinación de tomar las de Villadiego. Vaya con Dios!

Fallecieron por consunción en la lidia de esta fiera, una levita nueva, 2 pares de pantalones y el reloj cuyos objetos aún están suspirando por su dueño en el Monte de Piedad.

Gorrinita fué la tercera (este era un nombre cariñoso que yo la busqué). Morena, de un moreno sucio, *ojo de perdiz*, (tuerta) bigotuda y con algo de patilla en el izquierdo. Se mostró huida en el primer tercio, pero la planté unas *verónicas* hasta allá y conseguí pararla los *pies*.

Tomó solo dos cafés y una horchata (seis reales, con propina.) La faena fué bastante larga. La trasteé algun tiempo, pero ella en el último tercio se mostró reacia y cuando con los trastos en la mano me acercaba á ella, se escapaba al callejón. Por fin, la despaché, como pude.

Purita era la cuarta pero siempre se estaba dando de cachetes con su nombre. Trigueña, alta, buena armadura, costalera, denguera y muy celosa. Estaba además armada de largos apéndices digitales (ó sea, uñas) Tenía celos hasta de su sombra y con este motivo armaba á cada instante una pelotera, y un día que la quise replicar, me atizó un solemne sapapo, que me hizo ver todos los serafines de la corte celestial. Por fin, se escapó con un cabo de artillería diciéndome en una carta que era un lila y un *gili*.

Fallecieron, del sopapo, dos muelas viudas que me quedaban.

Candidita era la quinta res... de ganado. Baja ella, aunque bien plantada ella, con un ojo mirando á Oriente y otro á Poniente ella, y con una escrecencia en la segunda región de la columna vertebral ella. Se mostró bien en un principio. Esta no me solfeó (triste es decirlo) pero en cambio lo hizo en su nombre un nene en figura de Rata 3.º, que era, ó había sido, algo de mi *Candidita*. En vista de ello, hui del chiquero, pero no sin que antes me hubiera puesto el bruto aquel un par de varas.

Resumen: El ganado, de la piel de Barrabás especialmente la 2.ª y 4.ª res. Yo, toreado por todas ellas y empeñado hasta los ojos. Tragaron entre todas, por valor de 4,000 reales, pero lo que no consiguieron tragarse fueron los ingleses que me hicieron, y que aun hoy son mi constante pesadilla!...

FRANCISCO BALLESTEROS.

LA RECTA Y LA CURVA.

I

Juan y Pedro acaban de salir del colegio, donde han estudiado varias materias, como es de costumbre.

Los horizontes del mundo se ensanchan ante los ávidos ojos de los dos jóvenes.

—Juan,—dijo Pedro,—llegó la hora de separarnos.



—Esto es muy facil, señora; solo se necesita horizontalidar.
—Entonces voy á ser una excelente nadadora.

LA SALLEA
VENDEDORES AMBULANTES



—¿Vendes mucho, Sinfrosa?
—Pues no vendo nada, *ché*,
—Porque eres muy infundiosa;
¿quieres ganarte un *chulé*?

—Llegó,—respondió Juan.

—Tenemos que buscarnos una posición en el mundo.

—Así parece.

—El mundo es un fandango.

—Así dicen.

—Y por lo tanto es preciso bailar en el mundo.

—No podemos bailar en otra parte.

—¿Tienes dinero?

—Ni un cuarto.

—¿Y parientes?

—Todos han muerto.

—Lo mismo me pasa á mi.

—Es decir, que estamos dos apuntes.

—Dos pies para un banco.

—¡Trabajaremos!

—¡Seremos hombres!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—Una palabra,—exclamó Juan volviendo.

—¿Qué?

—Nuestro profesor lo aconseja y la ciencia lo dice. Para llegar á cualquiera parte, la línea recta es el camino más corto.

(Los dos amigos se separaron).

Pedro.—La línea recta es seguir el impulso de la conciencia.

Juan.—La línea recta es llegar pronto.

II

Juan.—Vamos á cuentas, Juanito; ya estamos en Madrid. ¿No es verdad que te gusta Madrid? Solo te falta dinero para gozar algo de este pícaro mundo... esto de pasearse por la puerta del Sol... Soberbias cadenas hay en este escaparatete... Y yo sin reloj... —¡Calle! ese que va en el coche es de mi pueblo... ¿Será suyo el coche? ¡Si yo tuviera coche!... Esa mujer que pasa es divina... Voy á seguirla... de buena gana le diría que es hermosa, pero no me atrevo con este traje sucio... ¡Maldito dinero! —Pues señor, vámonos á la casa de huéspedes.

—¡Hola, muchacho!

—Para servir á usted, don Leoncio.

—¿Qué es de tu vida?

—Acabé mi carrera de abogado, pero no tengo recursos para...

—Tú eres listo... y si quisieras... podrías ganarte buenos cuartos. Yo voy á entablar pleito contra unos menores.

—Cuenta usted conmigo.

* *

Pedro (presentándose en la redacción de un periódico).—Caballero, soy muy desgraciado, y como su periódico es de oposición, vengo á contarle mis penas.

—Está bién, pero como la tempestad arrecia, no puedo dar sueldo.

—Escribiré gratis... al menos estaré en paz con mi conciencia.

III

Juan (en un baile).—Cuidado que es fea esa señora, pero tiene un millón de renta. Mejor me casaría con su sobrina, si su sobrina no fuera pobre. Ello es preciso decidirse. ¿Por la tía ó la sobrina? Por la tía. Mucho voy á sufrir. Acercuémonos. Mi señora doña Angustias, tengo que hablar á usted seriamente.

—Ya le escucho

—Estoy enamorado de usted (*Ap.* ¡Bruja!)

(La sobrina lanza un suspiro).

—Y vengo á pedirle su mano. (*Ap.* Para que marla.)

—¡Jesús! ¿Está usted loco?

Al mes se casan: la sobrina revienta de un patatús de celos.

* *

Pedro.—Isabelilla, me voy á casar contigo. Eres pobre, pero buena, y luego tu madre me ha tenido de huésped en tu casa mucho tiempo gratis... Justo es que yo recompense del modo que pueda tanto amor y sacrificio.

IV

TREINTA AÑOS DESPUÉS.

Juan.—¡Imposible vivir así! He llegado al apogeo de la fortuna... y hoy empiezo á descender... mi hacienda comprometida en especulaciones ruinosas... mis hijos escarneciéndome... Por otra parte nadie se fía de mí, nadie cree en mí... ¡De todo me he burlado! He vendido todas las creencias. Así no se puede vivir. (Saca una pistola.) ¡Dios mío, perdóname!

Pedro (rodeado de dos ó tres niños).—Hoy hace sol, hijos míos, hoy podemos gozar gratis del calor; el sol es el brasero de los pobres. ¡Calle! ¿Qué ruido es ese?

—¡Un hombre muerto!

—¡Es Juan! (reconociendo á su amigo de colegio.)

Pedro separa á sus hijos del cadáver.

—Hijos míos,—les dice,—no olvidéis que para llegar de un punto á otro, no hay más que una línea recta... ¡el camino del honor!

L.



Hemos recibido una atenta carta firmada por D. Mariano Armengol Roca, administrador de la plaza de Toros, en la que nos ruega que rectifiquemos la especie de que él sea *Verdugillo* y se dedique á redactar periódicos taurinos.

Conste así.

Pero, D. Mariano, ¿no podría V., por ejemplo, tener un hijo y ser él el *Verdugillo* á que yo me refería y que por una equivocación del que me enteró hubiese confundido yo los nombres?

Si es así, el asunto variaría solo en la materialidad de la ejecución. En el fondo quedaría lo mismo.

* *

Algunos periódicos anuncian que el Sr. Fabié piensa hacer un viaje á Coria.

Si va á conocer al Bobo, puede ahorrarse ese viaje.

Con asomarse al espejo...

¡El que se asoma á todo!

* *

Nunca hemos visto despedida más seca que la que ha dado el *Diario de Barcelona* á uno de sus redactores, al Sr. Bohigas.

Algo gordo debe haber pasado.

En Africa hay un rey que tiene 3333 mujeres.
¡Váyase por las mujeres que en Europa habrán
tenido 3333 maridos!

Sin pasar por lo religioso ni por lo civil, aun-
que sí por lo criminal.

Se habla de una próxima alianza de Rusia y
Francia.

Una reunión de blanco y negro.

Un periódico publica las caricaturas de Ferrar-
ri, Velarde, Reina y Grilo con este título:
«Nuestros poetas.»

Mios no.

Nuestro Municipio comenzó bien.
Suprimió ciertas comisiones y subcomisiones
que daban lugar á mil abusos.

Con este motivo, uno de los concejales de los
que han ido por todo al Ayuntamiento, dijo muy
indignado al enterarse:

—¿Es decir que los concejales solo somos fi-
guras decorativas?

—¿Pues qué quería V. que fuésemos?—le re-
plicó otro—¿figuras lucrativas?

El mérito de este sucedido es que es rigurosa-
mente histórico.

MISCELANEA

Diálogo entre dos casados:

—¿De manera que tú crees que todos los ma-
ridos pegan á sus mujeres?

—Todos; más tarde ó más temprano.

—Pues yo no pienso hacer semejante cosa.

—Porque tú mujer será un ángel.

—No; porque tiene más fuerza que yo.

Definición de un filósofo sobre lo bueno y lo
bello.

Lo *bueno* necesita pruebas; lo *bello* se reco-
mienda por sí propio.

—¿Sabes que he pensado entrar por oposición
en el Banco de España?

—Yo también pienso entrar.

—¿Por oposición?

—No; por la alcantarilla.

—¿Apuestas—me dijo Antero—
que antes que tú tengo coche?
Hicimos la apuesta anoche
y hoy se ha metido á cochero.

En cierta ocasión trataban de separar á un
yerno de su suegra que se estaba muriendo.

—Déjenme Vdes.—decía él;—¡no saben uste-
des el consuelo que recibe un yerno al ver mor-
rir á su mamá política!

Un joven perseguía jurídicamente á su padre.
—Si no teneis razón—le dijo el sabio Pitaco—
sereis condenado; y si la teneis deberiais serlo.

Epitafio

Aquí yace un modelo de avaricia:
Sólo fué gastador en la milicia.

En un juicio oral:

—¡Cómo! ¿Se atreve V. á maltratar á su mu-
jer hasta el punto de tirarla al suelo y dar saltos
sobre ella?

—No es mía la culpa señor presidente.

—Espíquese V.

—La culpa es de los médicos, que me aconse-
jan que haga gimnasia á todas horas.

Dice un periódico que en cierto pueblo de
Castilla han contraído matrimonio un maestro
de escuela y una huérfana de un subteniente.

Pues eso ha sido á mi ver,
hacer la barbaridad
de unir la necesidad
con la gana de comer.

Pensamientos sueltos

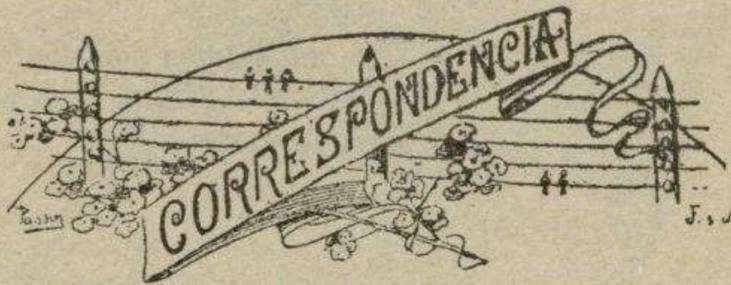
Es más facil acertar seis *párolis* seguidos,
que ver dichosos, de ciento, tres maridos.

Politico sin chupar...

Majadero... y algo más.

La mujer soltera nunca da calabazas al pri-
mero que le declara querer ser su novio, por
más que en muchos casos no pueda aceptar
sus relaciones.

JACINTO BONILLA.



J. L. S.—Advierta V. que yo he dicho, refiriendo-
me á esas obras dramáticas, «cada una en su géne-
ro». Reconozco los defectos de Barcelona, pero, va-
ya, que Madrid.... Créame V. No se meta á defender
en absoluto á ninguna de las poblaciones. En todo
hay de todo.

J. B. (*Talavera de la Reina*).—Irá algun pensa-
miento.

F. F.—Es flojo.

A. F. J.—Irá más adelante.

L. R. y R. (*Madrid*).—Solo se pueden aprove-
char los dos primeros cantares.

Cucufate. (*Madrid*).—Irán las moralejas, que no
son como V. las ha bautizado.

F. B.—Corrigiendo alguna pequeña incorrec-
ción, veremos de inser arlo. Vaya V. al Kiosko n.º 5
y allí le servirán.

J. P.—No está mal escrito y va V. mejorando no-
tablemente ¡Lástima que el asunto sea poca cosa!

A. L. A.—Lo insertaremos.

B. B.—N-o-No.

T. L. (*Madrid*).—Gracias. Ya habíamos pensado
en la indicación de V. y precisamente recibimos su
carta cuando se estaba tirando la lámina que saldrá
el número que viene.

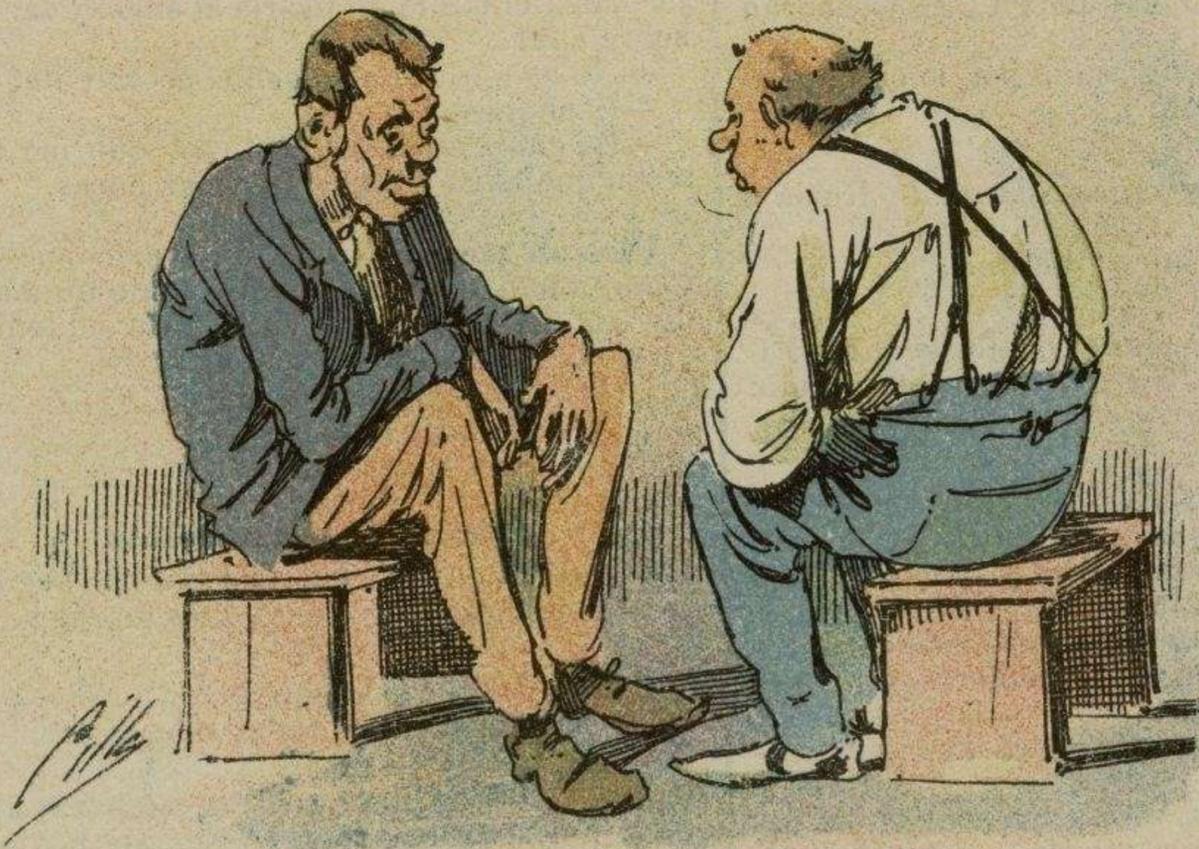
J. P.—Están bien, pero los versos á *mi vecina*
abundan demasiado. Va V. adelantando.

J. U. S.—Irán casi todas.

F. de la E. (*Madrid*).—Lo insertaremos.

NOTA.—Quedan bastantes cartas por contestar.
Lo haremos en el número próximo.

DESPUÉS DEL BAÑO



—Mire V., aquí donde me ve V., tan gordo y tan viejo, todavía tengo gancho para las mujeres.

—¿Será V. rico?

—No; me quieren por mis *buenas prendas*.

—¡Imposible! ¡Tiene V. el pantalón con un remiendo en salvo la parte!

ANUNCIOS

LA SAETA SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO
Colaboran en él los más celebrados literatos y los más renombrados dibujantes

Toda la correspondencia á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.

Cada tomo 15 céntimos en toda España.

Esta publicación está terminada y se vende por tomos sueltos ó por colecciones completas.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con elegantes grabados.

Precio de cada tomo: 15 céntimos.

Esta colección también está terminada y no se publicarán más tomos.

Se sirven tomos sueltos y por colecciones.

Para los pedidos de todas estas obras, dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

CUIDADITO CON ESTO

Novelas, cuentos, artículos y poesías de varios autores, ilustrados con magníficos grabados y cubiertas al cromo.

Van publicados 10 tomos á 15 céntimos, y hay más en prensa.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo.

Van publicados 46 tomos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación.

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez. — Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.